

el emperador ó su representante, y del aumento creciente de la poblacion manumisa y esclava, hasta que finalmente la situacion de los colonos primitivamente libres y de sus hijos no se distinguió de la de los siervos de la gleba. Quizás contribuyó tambien á este resultado el establecimiento de prisioneros germanos como colonos de nueva especie en estas haciendas, sobre todo desde Marco Aurelio, los cuales no disfrutaban de derecho ninguno. Ya no faltaban modelos de esta clase: en Egipto á lo menos existia desde antiguo la explotacion agrícola por la clase labradora sometida á una estrecha servidumbre. Lo mismo sucedia en otros muchos puntos del imperio, y en la misma Italia, donde los labradores libertos eran personalmente libres, pero estaban ligados al terruño. En la Galia sucedió mas: allí la competencia y las calamidades del siglo III obligaron á la clase de pequeños

cultivadores rurales á acogerse con su propiedad á la proteccion del propietario grande y poderoso, bajo condiciones á menudo onerosísimas, como la servidumbre hereditaria, las prestaciones personales y el censo por una parte de su propiedad, pero con libertad personal, menos la de la traslacion á otra parte sin permiso del señor. Este estado se generalizó con el tiempo, no siempre por la miseria ni por la voluntad ó el impulso propio del pequeño propietario, sino por la codicia, la astucia y aun la fuerza bruta del señor poderoso. La legislacion romana, que favorecia á las clases altas y que formó la base de las legislaciones posteriores, legalizó despues estas situaciones, resultado de despojos y fundadas en el derecho del mas fuerte; pero por este camino desapareció la fuerza interior de todas las provincias y se abrió la puerta á grandes y desastrosas conmociones sociales.

## PARTE TERCERA

### EL IMPERIO ROMANO DESDE MARCO AURELIO HASTA CARACALLA

#### CAPITULO PRIMERO

##### MARCO AURELIO Y SUS SUCESORES INMEDIATOS

Cuando á la muerte del noble Antonino Pio, en 7 de marzo del año 161, se encargó Marco Aurelio del gobierno, pudo lisonjearse el mundo romano con la esperanza de disfrutar la misma dicha que habia gozado durante el reinado del piadoso Antonino, cuyo nombre Marco Aurelio y sus sucesores hasta Heliogábalo añadieron á los suyos respectivos. Marco Aurelio era hombre de alma grande y pura, y nunca desmintió su desinterés, su bondad y su rectitud, llevada hasta el último límite de la escrupulosidad. Como romano antiguo, mostróse adversario inflexible y duro de los cristianos, pero fuera de esto, llegó su mansedumbre á la debilidad. Su tolerancia con la liviana emperatriz Faustina y con su hijo, y su decidida aficion á estudios filosóficos, tan antipáticos á los rudos soldados, fueron quizás causa de que uno de los generales mas valientes del imperio se levantase al fin contra él.

En efecto, Marco Aurelio dió al mundo el raro espectáculo de un emperador filósofo.

Despues de haber estudiado muchos años retórica con maestros como su amigo Fronto y Herodes Atico de Maraton, el jóven Marco Aurelio, dotado brillantemente por la naturaleza é impulsado por una sed inextinguible de saber, comprendió hácia el año 146, cuando tenia 25 años, la vaciedad del arte retórico y se dedicó al estudio de la filosofía, decidiéndose por la escuela estoica, en la cual le inició Junio Rústico, y á la cual permaneció fiel toda su vida. Esta filosofía habia ganado mucho con los trabajos del eminente Epicteto de Hierápolis, que la enseñó primero en Roma, y despues, á contar desde el año 94, en Nicópolis en el Epiro. Este varon insigne abandonó la rigidez y rudeza de la escuela y dió á sus discípulos una doctrina práctica, popular é inteligente, estableciendo por base de su filosofía la libertad

interior del hombre, que tiene su raíz en la conciencia, el recto conocimiento de sí mismo y la moralidad de las acciones. Así la filosofía estoica llegó á ser una escuela de elevada moral y de ciencia de la vida, y de esta manera la entendió Marco Aurelio, como lo manifiesta en sus obras, escritas en parte en sus raros momentos de ocio, hasta en la vida de campaña, durante la formidable guerra en las provincias danubianas. Su carácter noble, sus intenciones purísimas, su sinceridad y decision revestidas de cierto matiz místico, su firme voluntad de tomar la moralidad mas rígida como norma de su conducta privada y pública, segun lo exigia su filosofía, y por último su talento político, hicieron de él un modelo de gobernantes.

No deseó ni pretendió la dignidad imperial; la admitió porque el destino le habia colocado en aquel puesto; pero una vez en él, las fuerzas que por su gusto propio habria preferido dedicar á la filosofía, las consagró al cumplimiento de los nuevos deberes que le imponia la dignidad imperial. Desde aquel instante acabaron sus años de felicidad sin que le fuera dado hacer, como era su ardiente deseo, la felicidad de los demás y del imperio en general; porque el destino del mundo antiguo era inexorable y no estaba en la mano de un hombre torcer su curso.

Cuando Marco Aurelio subió al trono fué aclamado en todo el imperio con satisfaccion general y sincera, tanto que hasta su filosofía, es decir, la de Epicteto, á cuya propagacion habia contribuido, se reforzó con muchísimos adeptos. Pero muy pronto se presentaron graves dificultades materiales que reclamaron la aplicacion de toda su energía. Lucio Vero, su yerno y co-emperador, en lugar de servirle de auxilio como habia esperado, solo le servia de obstáculo para la buena administracion. Lucio Vero parecia no haber heredado de su padre mas que los vicios, la indolencia, la sensualidad y la dispacion. Un día dió un banquete que, con los regalos que por via de recuerdo se solian hacer á los convidados, costó seis millones de sestercios (mas de un millon de pesetas). Muchos disgustos causó esta conducta á Marco Aurelio y no

poco trabajo le costó evitar las consecuencias fatales de las locuras y de los vicios de Vero.

Además de las dificultades de menor importancia que entonces se ofrecian en Inglaterra y en la frontera de la Germania, amenazó un peligro gravísimo en el extremo Oriente, donde el rey de Partia, Vologeso III, promovió un nuevo conflicto. Las relaciones del imperio con los partos eran desde algunos años muy tirantes con motivo de las cuestiones de Armenia y de las conexiones de todo género que se habian establecido entre Roma y algunos de los pueblos orientales colindantes con la Partia. Poco despues del fallecimiento del anciano emperador Antonino Pio, el rey Vologeso III tomó otra vez las armas contra Roma, y penetrando con un poderoso ejército en Armenia, puso al rey de este país, Sohemo, en el mayor apuro. La noticia de la invasion fué seguida pronto de otra participando las terribles derrotas sufridas por las tropas romanas cerca de la capital del reino armenio. En esta situacion Marco Aurelio encargó el mando de todas las fuerzas del Asia á Lucio Vero y este partió para su destino á principios del año 162. Al pasar por Grecia disfrutó por algun tiempo los placeres con que le brindaba el país, pues que Luciano pudo dedicarle dos de sus mejores poesias celebrando la hermosura y gracia de Pantea, jóven de Esmirna que habia cautivado el corazon impresionable del co-emperador. Cuando este llegó por fin á Siria encontró ya los anuncios de una situacion de las mas graves; el gobernador general romano de Capadocia, P. Elio Severiano Máximo, natural de la Galia, habia acudido el año anterior al socorro de Sohemo, rey de Armenia, con solo una legion, por haber dado fe á ciertas profecias del impostor Alejandro de Abonoteco; y los partos, á quienes atacó con tan poca fuerza, le cercaron cerca de Elegeia y destrizaron todo el ejército romano expedicionario despues de tres dias de desesperada lucha. Despues de esta victoria Vologeso derrotó á las legiones sirias, en muchos conceptos afeminadas, mandadas por Atidio Corneliano, gobernador general de Siria; y dueño ya de la situacion devastó á su antojo las comarcas romanas fronterizas. En vista de estos descalabros, Marco Aurelio habia reemplazado á tan ineptos jefes por otros mas peritos y enérgicos, nombrando gobernador general de Capadocia á Estacio Prisco y dando á Avidio Casio el mando superior de las tropas de Siria. Este último se jactaba de ser descendiente de Cayo C. Longino Casio, aquel á quien Bruto habia llamado el «último romano». En efecto, Avidio Casio poseia en alto grado la dureza inquebrantable y las aficiones republicanas de su predecesor. Su padre era Cayo Avidio Heliodoro, natural de la Siria septentrional, profesor de elocuencia griega, que por sus propios méritos habia llegado al empleo de jefe de la cancelleria imperial griega en el reinado de Adriano, entre los años 120 y 122, y despues en 136 ascendió á gobernador general del Egipto, en cuyo cargo continuó hasta el año 148.

Avidio Casio era general eminente é infatigable; su valor personal era inquebrantable y superior á toda ponderacion, mientras su severidad verdaderamente espantosa recordaba á los Manlios del tiempo de la república y le hacia el terror de oficiales y soldados en las cosas del servicio. Era pues el hombre verdaderamente á propósito para extirpar de raíz y en el plazo mas breve la afeminacion, los excesos y la indisciplina que se habian introducido en el ejército de Siria. La legion que estaba directamente á sus órdenes era la III Gálica.

Con jefes como los dos citados, importaba muy poco que Lucio Vero, el general en jefe nominal, se entretuviera como se entretuvo desde su llegada á Siria en Laodicea, Antioquia y Dafne, empleando el tiempo en armamentos, asuntos ad-

ministrativos civiles y diversiones, y dejando las operaciones de campaña á cargo de Prisco y Avidio, que restablecieron pronto el honor y la preponderancia de las armas romanas. No pasó el año 162 sin que la fortuna de la guerra volviera á estar en favor de los romanos y contra los partos, los cuales expiaron cruelmente su atrevimiento. La situacion geográfica de los dos países enemigos dió al teatro de la guerra una amplitud inmensa, pues se extendió desde el extremo Norte de la Armenia hasta cerca de la embocadura del Tigris. Esta guerra, como antes la de los partos con los persas, dió lugar á multitud de acciones notables, y tambien produjo en la sociedad greco-romana una brillante literatura. Por desgracia no han llegado hasta nosotros sino algunos retazos de las obras que sobre aquellos sucesos se escribieron, y á duras penas podemos deducir de ellos los rasgos principales de la guerra, en la cual se distinguieron el ejército y un gran número de jefes de la escuela de Adriano. El golpe principal dado á los partos fué obra de M. Estacio Prisco. Este general habia prestado eminentes servicios en la guerra de Judea en tiempo de Adriano; despues habia servido en Inglaterra, y á la sazón, en el año 163, se dirigió desde la Capadocia á la Armenia. De allí, con la rapidez de sus movimientos y con su terrible energía, logró expulsar á los partos y conquistar la capital, Artaxata. Al mismo tiempo Avidio Casio operó con brillante éxito en la Mesopotamia septentrional, en el país regado por el Eufrates en su curso medio, apoderándose de las plazas de Niceforio y Dausara, cerca de Edesa. Con estas victorias pudo Lucio Vero restaurar en su trono de Armenia á Sohemo, como vasallo romano, en el año 164, encargando la ejecucion material de la reinstalacion al valiente y hábil general P. Marcio Vero, que á su vez encomendó la operacion á uno de sus oficiales de confianza llamado Tucídides. El jóven emperador Lucio Vero pasó á residir por algun tiempo en Efeso, á donde Marco Aurelio le envió, bajo la proteccion de un anciano pariente, á su novia Lucila, con quien celebró Vero sus bodas. Reconquistada la Armenia, concentróse la guerra por algun tiempo en la Mesopotamia septentrional, donde ambos beligerantes reunieron numerosas fuerzas. Cerca de las plazas de Europa y Sura, ribereñas del Eufrates, se libraron batallas muy sangrientas, en las cuales los romanos quedaron vencedores, y pudieron poner luego sitio á Edesa y Nisibe.

No entraba entonces en los planes de Marco Aurelio, como no habia entrado en los de Trajano, conquistar nuevas provincias; por tanto Lucio Vero, que por aquel tiempo volvió al teatro de la guerra, hizo al rey parto proposiciones de paz aceptables, atendidas las victorias de las legiones; pero Vologeso no quiso someterse á las condiciones de los romanos, probablemente por parecerle demasiado duras, y continuó la guerra con feroz ensañamiento y con pésimo resultado para él y los suyos. Los romanos, segun parece, operaron simultáneamente en dos puntos diferentes y mientras Marcio Vero marchaba con un ejército desde la Armenia contra la Media, Avidio Casio con el grueso de las tropas atravesó la Mesopotamia y llegó en victoriosa carrera en el año 165 sucesivamente á Seleucia y Ctesifonte, capital de la Partia. Ambas ciudades fueron reducidas á cenizas con todas sus magnificencias, incluso el palacio de los reyes; y en Seleucia, cuyos habitantes, segun los autores romanos, habian tomado una actitud traidora, fueron pasadas á cuchillo horrorosamente 400,000 personas.

La Partia quedó tan rendida que el rey hubo de aceptar la paz bajo condiciones durísimas, entre ellas la cesion de la Mesopotamia hasta la llamada *muralla meda*. Esta adquisicion fué gobernada en adelante por un prefecto con sus procuradores; y para asegurar mas su conservacion estableció